

■ Ventana Central: Sociedad de la información y nuevas identidades
■ Autor: Norbert Lechner
■ Título: Cultura juvenil y desarrollo humano
■ JOVENes, Revista de Estudios sobre Juventud
■ Edición: año 8, núm. 20
■ México, DF, enero-junio 2004
■ pp. 12-27

NORBERT LECHNER

Cultura juvenil y desarrollo humano

Resumen

Una característica sobresaliente de la sociedad moderna es la diferenciación. La división social del trabajo y el mercado, la democracia y la individualización impulsan el proceso. Y acorde con esa megatendencia, la conducta de los jóvenes parece impulsar una mayor diversidad de la sociedad.

Abstract

Differentiation is a noteworthy characteristic of the modern society. The social division of work and market, democracy and individualization give impetus to the process. In keeping with this megatendency, the behavior of youngsters seems to boost the growing of diversity in the society.

Si entendemos por cultura “las maneras de vivir juntos”,¹ entonces la cultura juvenil es parte de la convivencia social. Los jóvenes no tienen una “subcultura” aparte, escindida de la sociedad, sino que comparten –con modalidades específicas– las maneras prácticas de convivir y las representaciones colectivas de dicha convivencia. Adoptando una concepción antropológica de cultura, la indagación enfoca los impulsos que aportan los modos de convivir de la juventud a la convivencia social. Y a la inversa, aborda los factores que condicionan las experiencias e imágenes que tienen los jóvenes de la sociedad.

Es menester prevenir de inmediato la tentación de hablar de “los jóvenes” como si fueran un grupo homogéneo. Por cierto, muchos de ellos recurren a esa categoría natural como criterio de autoidentificación. Sin embargo, “ser joven” tiene significaciones muy distintas. En parte, la juventud vive una realidad diferenciada según su nivel educacional y económico, su ocupación y ciclo de vida, el contexto demográfico y geográfico. Incluso suele haber diferencias significativas entre subgrupos etarios. En parte, porque también los adultos (padres y maestros, vecinos y policías) tienden a tener una percepción diferenciada de lo que es “ser joven”. Teniendo en mente esta prevención, tratemos de averiguar si acaso los jóvenes comparten ciertas características y qué relaciones guardan con la vida social en general.

Mi reflexión parte de un referente empírico: la encuesta nacional realizada en el marco del *Informe sobre Desarrollo Humano en Chile*.² Dicha encuesta se refiere a un universo limitado –el caso chileno– y no permite establecer comparaciones con otros países. Por ende, no sabemos si los datos representan signos de nuestra época o si se trata de una particularidad nacional. No obstante, la encuesta ofrece dos ventajas. Por una parte, permite comparar la percepción de los jóvenes (18-24 años) con otros grupos de edad. Por la otra, ella está dedicada a la dimensión cultural del desarrollo y, por lo tanto, ayuda a dar cuenta de algunos rasgos específicos de la convivencia social. Es menester añadir de inmediato una advertencia. No debemos sobrevalorar los datos de una encuesta sino, apreciarlos como indicios preliminares. Mucho menos cabe deducir de los resultados el perfil de la juventud chilena. Sin duda, podrán descubrirse otros rasgos distintivos. Además, cabe recordar la diferenciación al interior del grupo de los jóvenes. Con todo, me parece que las tendencias ayudan a situar a los jóvenes en relación con el desarrollo del país. A mi juicio, ellas reflejan no tanto un efecto generacional como el anuncio de un nuevo modo de vida social. Vale decir, no se trataría de características típicas de la edad que estos jóvenes dejan atrás en la medida en que se vuelven adultos, sino de cambios en la sociedad que son impulsados por los jóvenes.

De acuerdo con esta encuesta, los jóvenes chilenos se distinguen de los otros grupos de edad por tres características: 1) un mayor grado de individualización, 2) un apoyo (ambiguo) a la diversidad social y 3) una experiencia de sociedad más propia de un modo de vida “posmoderno”.

¹ UNESCO, *Informe mundial sobre la información*, París, 1997.

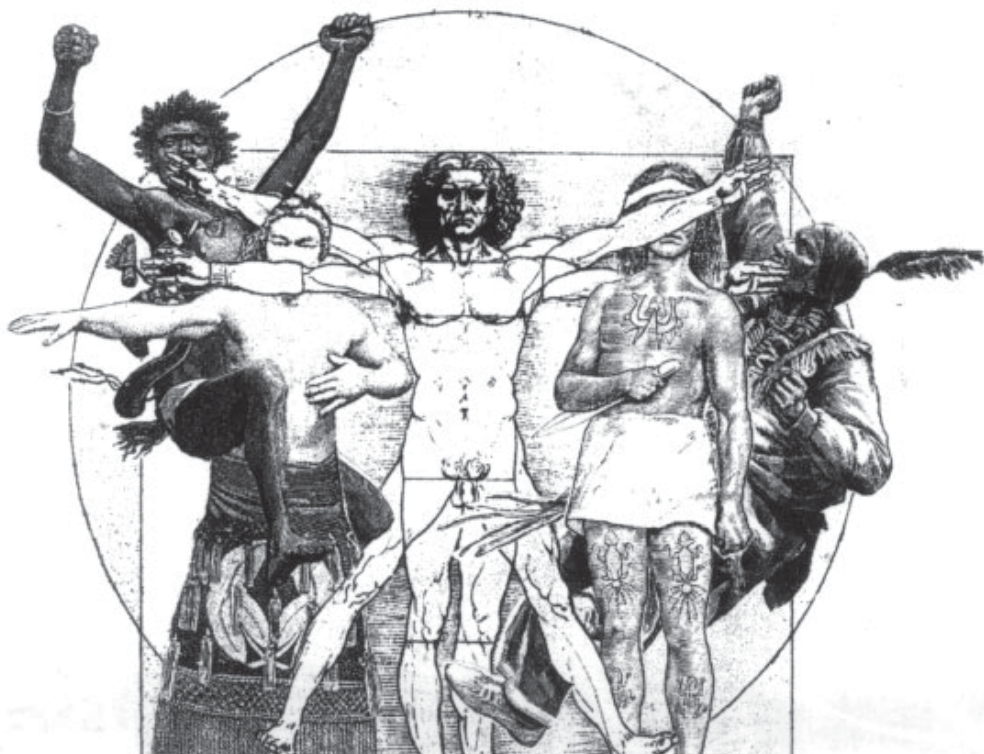
² PNUD, *Desarrollo humano en Chile 2002. Nosotros los chilenos-un desafío cultural*, Santiago, 2002.

Ahora bien, dichas tendencias no hablan por sí solas. Su significado se aprecia recién cuando son puestas en perspectiva. Mi punto de vista es el desarrollo humano. Es decir, evaluaré las tendencias detectadas a la luz de las oportunidades y restricciones que ellas conllevan para que las personas puedan ser los sujetos y beneficiarios efectivos del desarrollo. Me pregunto, en suma; ¿acaso las características de los jóvenes fortalecen u obstaculizan sus capacidades –individuales y colectivas– para definir sus proyectos de vida y realizar las opciones deseadas?

Adoptando el punto de vista del desarrollo humano, la cultura juvenil en Chile enfrentaría tres desafíos. 1) En relación con la primera tendencia, el rápido avance de la individualización obliga a repensar los mecanismos de socialización. Dado que el individuo construye su propia identidad a la par con las identidades colectivas, las oportunidades de ser “sí mismo” dependen de su inserción en la sociedad. 2) En relación con la diversidad social, el reto consiste en su polo complementario: la integración de la sociedad. En la medida en que aumenta el grado de diferenciación, se vuelve más apremiante articular dichas diferencias. 3) Finalmente, la conformación de un estilo de vida de tipo posmoderno cuestiona la forma tradicional de reproducción cultural. Se hace necesario redefinir, en el contexto actual, cuál es el sentido de vivir juntos.

I. Una acelerada individualización

En general, los jóvenes chilenos muestran grados de individualización bastante más altos que las personas de mayor edad. Esto es, ellos tienden a abandonar con mayor facilidad su habitual entorno social,



renunciando a los hábitos vigentes y los lazos de solidaridad tradicionales, para decidir por su propia cuenta qué quieren hacer y quiénes quieren ser. El proceso de individualización se manifiesta en tres dimensiones. Primera, una mayor autoconciencia de sí mismo. El joven chileno suele tener una clara conciencia de la autonomía individual. Esta afirmación de “sí mismo” se refleja en varios datos de la encuesta mencionada. Por ejemplo, en la mayor disposición de los jóvenes a competir con los demás. No le temen a los vientos fríos del mercado; por el contrario, tratan de ganar y ser el mejor. En general, la juventud chilena comparte la mentalidad del “ganador” que sabe imponerse en un ámbito de gran incertidumbre. Esta autoconciencia de sí mismo no está exenta de dudas. La actitud asertiva se encuentra acompañada de sentimientos de inseguridad. Los jóvenes se sienten más inseguros frente al sistema económico que los entrevistados adultos. El optimismo de quien se siente “ganador” convive con el pesimismo motivado por la precariedad de su inserción laboral.

En una segunda dimensión los jóvenes chilenos parecen exhibir, un grado mayor de autodeterminación. Les resulta evidente actuar acorde a su propia conciencia y, en caso de conflicto, ir en contra de la opinión de los padres. Son creyentes, pero no se sienten obligados a obedecer los preceptos de la Iglesia. La mayoría de ellos “cree en Dios a su manera”. La sexualidad y el matrimonio son dos ejemplos de ámbitos donde los jóvenes se guían por sus decisiones personales. Para ellos, casarse y tener hijos es una opción entre varias otras. Guardan distancia respecto a las autoridades instituidas, sin adoptar actitudes antiautoritarias.

Un tercer elemento de la individualización concierna la capacidad de auto-realización. Al respecto, a menor edad mayor suele ser la convicción de poder controlar y moldear su entorno. A diferencia de los adultos (en especial, adultos de estrato medio-bajo), los jóvenes tienden a sentirse dueños de su destino. Creen que el rumbo de sus vidas depende más de sus decisiones personales que de las circunstancias externas. La capacidad de autorrealización tiene, desde luego, un nitido sesgo clasista. Los jóvenes estudiantes (67%) tienden a ver los estudios como una forma de autorrealización personal en tanto que los jóvenes trabajadores conciben su trabajo de manera más instrumental como una fuente de ingresos (56%). La percepción de poder alcanzar una realización de su individualidad se expresa, asimismo, en un horizonte temporal de mayor alcance. Más que vivir el día a día, los jóvenes prefieren plantearse metas para el futuro. Esta mirada al porvenir se apoya en una visión optimista del futuro económico.

En suma, la autoconciencia, la autodeterminación y la autorrealización de sí mismo en tanto individuo sería un proceso bastante más avanzado en los jóvenes que en los otros grupos de edad. Es posible, incluso probable, que ello inaugure una concepción diferente del individuo. La autonomía individual sería un valor arraigado. Y en la medida en que las nuevas generaciones configuran

La autoconciencia, la autodeterminación y la autorrealización de sí mismo en tanto individuo sería un proceso bastante más avanzado en los jóvenes que en los otros grupos de edad

un nuevo imaginario acerca del individuo, también cambiará su imagen de la sociedad. Desde ya, empero, el propio énfasis en la libertad individual pone de relieve la relación entre los individuos; o sea, la sociedad. La individualización remite a una "sociedad de individuos". ¿Cómo se incorpora el joven a la vida social? Y a la inversa, ¿cómo asegura la comunidad su continuidad en el tiempo? El proceso de individualización y los mecanismos de socialización son dos caras del mismo fenómeno. Dicho en otras palabras, el joven se ve forzado a construir su identidad individual al mismo tiempo que define su inserción en la vida social. Esta socialización abarca un doble movimiento. Por un lado, la interiorización de las normas sociales y los hábitos compartidos que permiten al joven integrarse a los estilos de convivencia social. Por el otro, los recursos que brinda la sociedad al joven para que pueda efectivamente definir y realizar su proyecto de vida.

En relación con el primer aspecto, los resultados de la encuesta dejan entrever que los jóvenes chilenos estarían exhibiendo un mayor grado de conformismo para incorporarse a la vida social, mientras que

actitudes de retracción "privatista" serían más frecuentes entre los entrevistados adultos. Esa disposición favorable a asumir las normas y expectativas de la sociedad, me parece importante de cara a la frecuente denuncia que culpa a los jóvenes de indiferencia y desafección. Tal distanciamiento o autoexclusión son evidentes respecto a la esfera política, pero no parecen atravesar otras relaciones sociales. Más problemas residen en el segundo aspecto: ¿qué apoyo brindan las instancias básicas de socialización? Es conocido el debilitamiento del tejido social en los últimos años al punto de que la noción de "sociedad" parecería desvanecerse. De hecho, hacer experiencias concretas de sociedad resulta más difícil o, en todo caso, diferente. En particular, se debilitan dos instancias básicas de socialización: la familia y la escuela.

La familia es el ámbito fundamental para aprender las normas morales y las pautas de conducta que rigen la convivencia social. Esa centralidad sigue vigente hoy en día. La importancia de la familia para los jóvenes podría haber aumentado, compensando la precariedad de la trama social. En la medida en



que crecen las dificultades de crear vínculos sociales y referentes colectivos, las personas se retrotraen a la familia. A diferencia de épocas anteriores, la importancia de la familia ya no radicaría en su papel social. Por el contrario, parece derivar de una contraposición a la sociedad. En algunos casos, las personas se retiran a la vida familiar porque creen poder prescindir de la sociedad. El encierro en los condominios cerrados ilustra la retirada de las elites. En muchos otros casos, cuando la realidad social es vivida como algo ajeno y hostil, la familia se vuelve el último refugio del yo. El individuo que se siente agobiado y excluido por la sociedad se defiende mediante una retracción al mundo privado. Para los jóvenes, el repliegue a lo privado abarca, además de la familia, a los amigos. Es en la amistad, no en el espacio público, donde el joven busca apoyo y podría realizarse a "sí mismo".

Al mismo tiempo que los jóvenes confirman el rol central de la familia, ella está sometida a un profundo cambio. Por una parte, están cambiando rápidamente las relaciones de pareja. El ingreso de la mujer al mundo laboral afianza su autonomía individual y le permite afirmar un proyecto de vida propio, obligando a explicitar y negociar el "contrato" de la convivencia. Por la otra, también se flexibilizan los lazos entre padres e hijos. Es notorio, por ejemplo, la dificultad de los padres para decir "no" y poner límites a los jóvenes. Habría un debilitamiento de la autoridad paterna como consecuencia de la "privatización" de la familia y su desacople de lo social. Los padres esperan en vano que la sociedad ratifique la figura histórica del padre como representante de la ley y la autoridad. A la inversa, la sociedad ya no puede apoyarse en la función paterna para lograr que sean interiorizados los valores y las normas que regulan la convivencia. Ambos fenómenos indican una desinstitucionalización de la familia que deja de remitir a lo social para referirse sólo a sí misma.³ De ser así, los hijos tendrían más dificultades para aprender los límites y, mediante ese aprendizaje, hacerse adultos.

Otra instancia básica en la socialización de los jóvenes es la escuela. Pero también su papel se ha debilitado. Las reformas educacionales han mejorado la transmisión de conocimientos y la formación de habilidades, adecuando su función instrumental a los requisitos del sistema productivo. La educación se ha vuelto más útil para la inserción laboral de los jóvenes, pero sin haber reforzado en paralelo la inserción social y ciudadana. En Chile, la reforma educacional en curso parece haber avanzado todavía poco en ligar la socialización vertical (maestros) con la socialización lateral (amigos, pandillas juveniles) y lúdica (televisión) fuera de las aulas. La pérdida de respeto y autoridad del maestro tiene que ver con ese divorcio entre el mundo de los saberes formalizados y el "mundo externo" de la interacción entre pares, la afectividad y la experimentación lúdica. Es fuera de la escuela, empero, donde

La sociedad ya no puede apoyarse en la función paterna para lograr que sean interiorizados los valores y las normas que regulan la convivencia

³ Jean Pierre Lebrun, "Hipótesis sobre las 'nuevas enfermedades del alma'", en R. Aceituno y M. Rosas (comp.), *Psicoanálisis-sujeto, discurso, cultura*, Universidad Diego Portales, Santiago, 1999.

**Ese mundo
altamente
globalizado,
acelerado y
fragmentado que
desconcierta y
descoloca a los
adultos, es el mundo
normal y natural de
los jóvenes. Su
socialización
proviene menos de
las continuidades del
orden social que de
los cambios sociales**

los jóvenes adquieren con frecuencia no sólo los conocimientos más adecuados a la nueva realidad, sino también las capacidades (cognoscitivas y emocionales) para crear y desarrollar nuevas claves interpretativas.

En la actualidad, los medios audiovisuales y, sobre todo, la televisión representan una instancia de socialización tan relevante como padres y escuela.⁴ Las nuevas tecnologías de información y comunicación influyen de manera crucial en los estilos de vida, las visiones de mundo y la imagen de país que se forman los jóvenes. Condicionan no sólo las maneras de vivenciar y verbalizar su vida cotidiana, sino las maneras de concebirse a sí mismos y sus proyectos de vida. Los adolescentes suelen aprender a través de la televisión tanto las herramientas de la modernización como la retórica de los sentimientos. Ese mundo altamente globalizado, acelerado y fragmentado que desconcierta y descoloca a los adultos, es el mundo normal y natural de los jóvenes. Su socialización proviene menos de las continuidades del orden social que de los cambios sociales. Y los actuales cambios de la sociedad hacen olvidar las raíces históricas de la identidad. A los jóvenes les cuesta visualizar de dónde vienen, qué llevan en la mochila. Por lo mismo, tampoco les es fácil proyectar horizontes de futuro e imaginar vidas alternativas.

El desplazamiento parcial de padres y maestros por los medios podría generar un déficit de socialización cultural. Si la cultura se desarrolla en la intersección de instituciones y experiencias, como afirma Beatriz Sarlo,⁵ entonces la juventud parece sufrir un desajuste cultural. Las experiencias concretas de los jóvenes tienden a ser más bien “tribales” y a guardar una referencia débil a las instituciones existentes. Éstas a su vez parecen funcionar al margen de la experiencia juvenil habitual. Habría una relación distante entre instituciones y experiencias juveniles. Y ello sería un obstáculo para que los jóvenes vivan la individualización como un “vivir en sociedad”. Ahora bien, sin una experiencia fuerte de sociedad tampoco habrá un imaginario fuerte de ciudadanía. Por esa razón, los jóvenes chilenos que tan inmersos están en la actual transformación de la sociedad, no parecen, sin embargo sentirla como algo suyo. De acuerdo con la encuesta chilena del pnud, la gran mayoría de los entrevistados – independientemente de su edad– estima que los cambios no tienen brújula o que las cosas siguen iguales. Llama la atención que los jóvenes se vean tan inhibidos como los adultos para reconocerse en el proceso de cambios. Sin querer sobrevalorar el dato, las dificultades para apropiarse de la marcha del país parecen un signo elocuente de lo difícil que es para los jóvenes hacerse sujetos del proceso social.

II. Un apoyo ambiguo a la diversidad social

Una característica sobresaliente de la sociedad moderna es la diferenciación. La división social del trabajo y el mercado, la democracia

⁴ Jesús Martín-Barbero y Fabio López de la Roche (comps.), *Cultura, medios y sociedad*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1998; Sandro Macassi, *Culturas juveniles, medios y ciudadanía*, Calandria, Lima, 2001.

⁵ Beatriz Sarlo, *Tiempo presente*, Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 2001.

y la individualización impulsan el proceso. Y acorde con esa megatendencia, la conducta de los jóvenes parece impulsar una mayor diversidad de la sociedad. Del estudio chileno se desprenden dos indicios. Uno es la valoración de las diferencias sociales. Cuanto más jóvenes son los entrevistados, tanto más aprecian la diversidad de intereses como algo positivo para el desarrollo del país. En cambio, mientras más edad tienen, mayor relevancia le atribuyen a los intereses comunes. Otro indicio proviene del tipo de relaciones sociales que prefiere la juventud chilena. Cuanto más jóvenes son los entrevistados, más prefieren relacionarse con personas distintas que les permitan conocer otras experiencias. Concordante con estas actitudes favorables a la diversidad, los jóvenes suelen manifestar mayor tolerancia y menos tendencia a la discriminación que los adultos mayores. A la vez, tienden a ser menos chovinistas en relación con los extranjeros. Ambas tendencias sugieren que los jóvenes aportan un impulso relevante al pluralismo propio de un desarrollo humano.

No sorprende la predisposición de la juventud a defender e impulsar una mayor diversidad de la sociedad. Ella coincide con la imagen común de la juventud como una fuerza de innovación social. Los jóvenes tendrían menos aversión al riesgo y serían más emprendedores. Por lo tanto, ellos no sólo serían el motor dinámico del desarrollo, sino que dispondrían de mayores capacidades para hacerse sujetos del proceso. Sin embargo, en el caso chileno esa impresión podría ser errónea. Tal vez la actitud favorable a la diversidad sea más restringida



que lo supuesto. De la encuesta se desprenden dos tendencias sorprendentes: un alto grado de desconfianza interpersonal y un notorio miedo al conflicto. Primero, en contra de cierto sentido común que atribuye a la juventud un trato más confiado, la encuesta chilena muestra una tendencia inversa. Los entrevistados jóvenes se muestran

incluso más desconfiados de personas desconocidas que los otros grupos de edad. Parece pues que la curiosidad por conocer personas diferentes y la disposición a crear nuevos vínculos sociales no va más allá del ámbito doméstico. Es probable que tal falta de confianza sea más extendida entre los jóvenes de nivel socioeconómico bajo.

Segundo, a la par con la desconfianza social, existe un notable miedo a eventuales conflictos. Dos indicios dan cuenta del fenómeno. El primero hace notar lo sensible que serían los jóvenes chilenos respecto a eventuales confrontaciones de opinión. Mientras que los demás grupos de edad consideran la discusión como una búsqueda de soluciones, una alta proporción de jóvenes cree que discutir diferencias lleva a conflictos. De confirmarse esta tendencia, la cultura juvenil no estaría exenta de la "privatización" que atraviesa la sociedad chilena. Si la discusión es vista como una amenaza, entonces será difícil que los jóvenes promuevan una conversación social acerca de los acuerdos/disenos que estructuran la convivencia social. La diversidad quedaría reducida a una variedad indefinida de signos arbitrarios como los ofrecen la moda o los estilos de vida.

El segundo dato, concordante con el anterior, indica dos cosas: que la reacción se extiende a los conflictos macrosociales y que no habría distinción de edad en este plano. Pocos entrevistados prefieren que los conflictos muestren los problemas pendientes; la gran mayoría optaría por negarlos. En todos los grupos etarios, alrededor de 70% de los entrevistados trataría de evitar que se produzcan conflictos. A pesar de no cargar con las experiencias de lucha social y política que tienen los chilenos adultos, la juventud estaría exhibiendo similar aversión a correr riesgos. Ella parece incluso más sensible a la división social. Según indica el informe anterior,⁶ los entrevistados entre 18 y 34 años son más proclives a creer que "en Chile es más lo que nos separa que lo



⁶ PNUD, *Desarrollo humano en Chile 2000. Más sociedad para gobernar el futuro*, Santiago, 2000.

que nos une". Cabe sostener que, en general, los chilenos parecen compartir un afán de orden –un imaginario de armonía social– que termina por trivializar la diversidad. Se aceptarían las diferencias en tanto conforman un archipiélago de islas inconexas. Pero no basta respetar las diferencias sociales. Hay que saber manejar las tensiones y confrontaciones que derivan de ellas. Pues bien, el miedo podría estar asociado al manejo de las tensiones sociales. El miedo al conflicto se alimenta no sólo del miedo al otro –el desconocido como peligro–, sino también del miedo a sí mismo. Parecería que muchos jóvenes no confían en sus capacidades para manejar conflictos. Carecerían de la autoestima necesaria para realizar y disfrutar efectivamente la diversidad que anhelan.

En suma, entre los jóvenes chilenos parece coexistir una valoración positiva y una actitud favorable respecto a la diversidad social, al mismo tiempo que un miedo notorio a sus dinámicas conflictivas. ¿Cómo interpretar esa ambigüedad? A mi entender, tiene que ver con la idea de diversidad que se hacen estos jóvenes. La ambigüedad deriva de una visión unilateral que celebra las diferencias sociales sin tener en cuenta su polo complementario: la integración social. Conscientes de su individualidad, los jóvenes defienden la libertad de elegir quiénes quieren ser y qué quieren hacer. Pero les cuesta compatibilizar las libertades de cada cual en un orden que incorpore a todos. Queda pendiente una pregunta crucial: ¿qué tipos de comunicación y articulación permiten enlazar las diferencias de modo tal que configuren una trama social? De cara a la "diversidad disociada" de nuestros países, tiene razón Rossana Reguillo⁷ al cuestionar: "puede pensarse realmente en términos de multiculturalidad tanto a escala local como a escala global o [si] estamos asistiendo a un proceso de 'ghetización' de las identidades que terminará por volver autistas o terriblemente intolerantes a las distintas agregaciones juveniles".

La juventud chilena parece compartir una notable demanda de comunidad. Sin embargo, no manifiesta una práctica asociativa superior a la media; tiende a preferir una asociatividad al servicio del propio grupo (grupos musicales, barras bravas); incluso el consumo de droga conlleva un fuerte ritual comunitario.⁸ Parece cierto el dicho de que los jóvenes suelen seguir causas, no organizaciones. Además, se han debilitado instancias integradoras como lo fueron la escuela pública y el partido político. Prevalece una asociatividad flexible y variable que da lugar a un "capital social" más informal que formal.⁹ A raíz de la informalidad del vínculo, el joven queda dispensado de aprender a enfrentar conflictos. Le resulta más fácil abandonar un grupo que levantar la voz para defender una opinión contraria. Replegada a unos ambientes relativamente homogéneos, la juventud dispondría de poca experiencia en manejar las tensiones propias a toda diversidad social.

⁷ Rossana Reguillo, *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias de desencanto*, Norma, Buenos Aires, 2000.

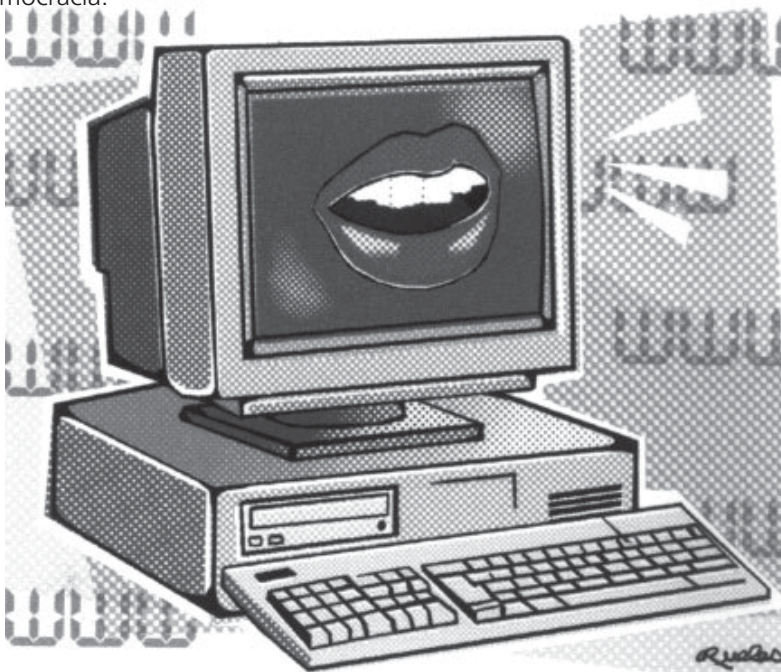
⁸ Martin Hopenhayn, (comp.), *Prevenir en drogas-enfoques integrales y contextos culturales para alimentar buenas prácticas*, CEPAL, Serie Políticas Sociales, Santiago, 2002.

⁹ PNUD, *Desarrollo Humano en Chile 2000*, op. cit.

**Entre los jóvenes
chilenos parece
coexistir una
valoración positiva y
una actitud
favorable respecto a
la diversidad social,
al mismo tiempo que
un miedo notorio a
sus dinámicas
conflictivas**

Para que la diversidad social no desemboque en fragmentación se requiere de un imaginario colectivo que permita reconocer las diferencias como partes de un todo. Es decir, una imagen del *nosotros* que no excluya a los *otros*. Esa experiencia práctica y representación colectiva del *nosotros* tiene un ámbito privilegiado en la política democrática. No es la única esfera, por supuesto, pero sí un elemento decisivo tanto para desplegar la pluralidad de intereses y opiniones como para articular las diferencias y procesar los conflictos. Ahora bien, una parte significativa de la juventud chilena guarda distancia en relación con la democracia y la política. Hay indicios acerca de un nivel importante de desafección. En particular, entre los más jóvenes la tasa de participación electoral es muy baja; la gran mayoría de ellos no se inscribe en los registros electorales (inscripción voluntaria).

La democracia chilena goza, apenas 13 años después de su restablecimiento, de una adhesión restringida. Si el grado de indiferencia respecto al régimen político ya es alto, comparado con otros países de la región, el grupo de jóvenes es el más indiferente (36%). Ellos no tienen recuerdos propios de la dictadura, ni parecen haber recibido una socialización política que transmita esa experiencia. Por el contrario, tal vez hayan escuchado hablar de política en términos de desilusión y desengaño. En consecuencia, suelen carecer de un trasfondo histórico que les ayude a interpretar y evaluar los cambios. Sólo contarían con su experiencia actual y ésta no suscitara una identificación activa con la democracia. Reflejo de ello es la visión elitista que tienen de ella. Muchos jóvenes (43%) se imaginan la democracia como “un juego de azar en el cual muchos juegan y pocos ganan”. Semejante imaginario sugiere que para ellos la democracia no encarna una idea de sujeto colectivo. Esta juventud no se sentiría parte de una “comunidad de ciudadanos”. Pero debemos matizar. Especialmente en relación con la política, se aprecian actitudes distintas entre los jóvenes estudiantes y los jóvenes trabajadores. Aquellos con mayor nivel educacional tienden a compartir una imagen positiva de la democracia.



La desvinculación emocional en relación con la democracia puede responder a distintas motivaciones. Aquí subrayo sólo un factor: el carácter autorreferencial del sistema político. En el marco de la diferenciación funcional de la sociedad moderna, también la política tiende a operar como un sistema relativamente cerrado y autorregulado según su lógica específica. Esta tendencia implica que la política institucional tiene más y más dificultades en acoger y procesar las demandas sociales que no vienen ya formuladas en el lenguaje político. El actual “código de la política” parece poco adecuado para “escuchar” todo lo relacionado con la subjetividad (valores, imaginarios colectivos, hábitos mentales, pautas de conducta). En consecuencia, los ciudadanos tienden a sentir que sus experiencias subjetivas no tienen cabida en las deliberaciones y decisiones del sistema político. Y a la inversa, los discursos políticos suelen sonar insignificantes al oído del ciudadano. Es posible que dichas dificultades en la comunicación sean todavía mayores en el caso de la juventud. Quienes carecen de un trasfondo histórico, han de sentir con más fuerza la distancia que separa los nuevos modos de vida de las formas heredadas de la política. Y la brecha entre sus experiencias vitales y las instituciones políticas podría, a su vez, incrementar el desarraigo de la democracia.

La desvinculación emocional en relación con la democracia puede responder a distintas motivaciones. Aquí subrayo sólo un factor: el carácter autorreferencial del sistema político

III. Una sensibilidad lúdica

La tercera tendencia que se desprende de la mencionada encuesta sería la sensibilidad lúdica de la juventud chilena. No encuentro mejor término para aludir a cierto “clima posmoderno”. Tal vez ese aire lúdico no sea distinto de generaciones anteriores como la *hippie*. Sin embargo, cada generación es distinta.¹⁰ El carácter contestatario de entonces parece haber desaparecido. Los jóvenes de hoy en día rechazan la pobreza y las desigualdades existentes y, quizás por eso mismo, se muestran disconformes con el funcionamiento de la democracia. Pero no hay señales de rebelión contra el orden establecido. A pesar de una situación laboral poco favorable para ellos, los jóvenes opinan que están mejor que antes económicamente y que les irá aún mejor en el futuro. Las oportunidades que brindan la expansión, diversificación y masificación del consumo al despliegue de la libertad individual contribuyen a generar una visión optimista.

La cultura juvenil lleva las improntas del contexto social. La juventud chilena actual ha crecido junto con el crecimiento económico del país, el vertiginoso avance de los procesos de globalización y el protagonismo de una “sociedad de consumo”. Ella es la que más goza con pasear por los centros comerciales y más disfruta la secuencia ininterrumpida de novedades. Las innovaciones tecnológicas que para los adultos pueden ser agobiantes, es motivo de placer para ella. Por eso le es fácil aprovechar a la industria cultural a la medida de su gusto personal. Los jóvenes representan el grupo etario con mayor consumo cultural, en especial consumo televisivo. Y a través del mundo

¹⁰ Julia Isabel Flores, “Tipos de identidad y generaciones en México”, en R. Pozas Horcasitas (coord.), *La modernidad atrapada en su horizonte*, Porrúa, México, 2002.

En el contexto de una “cultura de la imagen” las estéticas llegan a conformar el principal instrumental del cual disponen los jóvenes para construir sus identidades individuales y colectivas

audiovisual ellos ingresan sin temor al mundo globalizado. La globalización es el “campo de juego” ineludible. Para muchos jóvenes representa, más que una amenaza, una promesa de horizontes más allá de la geografía y la historia de Chile.

Gracias a su familiaridad con los cambios en curso, los jóvenes visualizan esta época como un mundo más inteligible que el de sus padres y abuelos. La multiplicación infinita de signos y símbolos se ha vuelto algo normal y natural. Su evanescencia no les irrita; por el contrario, incita sus ganas de jugar. Y el juego tiene un fuerte componente estético. Nacidos junto con el televisor y la publicidad, tienden a valorar la forma del objeto por encima de la función. En el contexto de una “cultura de la imagen” las estéticas llegan a conformar el principal instrumental del cual disponen los jóvenes para construir sus identidades individuales y colectivas. Su sensibilidad estética concierne sobre todo al cuerpo y su apariencia física, verdadero campo de experimentación en la búsqueda de sí mismo. Cuerpo, vestuario, productos, etc., son una caja de herramientas para los jóvenes que están construyendo la autorrepresentación de sí. Es según criterios estéticos que los jóvenes suelen poner en escena su yo mediante las relaciones de identificación y distinción con los demás. “No se trata solamente de fabricarse un ‘look’, sino de otorgar a cada prenda una significación vinculada al universo simbólico que actúa como soporte para la identidad”.¹¹ Y no habiendo objeto estético en sí mismo, sería más que todo la mirada del otro la que establece y evalúa las relaciones sociales. De allí la importancia de la apariencia.

Las posibilidades –materiales y simbólicas– del consumo y de la imagen estética ayudan a los jóvenes elaborar su identidad al margen del declive que sufren las identidades colectivas tradicionales. Me pregunto, sin embargo, si los nuevos mecanismos de identificación serán elementos suficientes para constituir un *nosotros*. La existencia de un imaginario colectivo del *nosotros* parece responder a una exigencia antropológica. Quiero decir, una persona podría configurar su identidad individual solamente al interior de una identidad colectiva que le sirva de marco estable y duradero. Cada cual ha de buscar por sí mismo el “sentido de vida” que le permite afirmar su experiencia vital, ordenar su vida cotidiana y orientar su biografía como un trayecto coherente. Pero esta construcción de “sí mismo” presupone un determinado marco institucional y simbólico.

Ahora bien, en la medida en que este orden social se vuelve más y más diferenciado, en que avanza la pluralización de los valores y códigos interpretativos, la erosión de ese marco común parece inevitable. El encuadre institucional y simbólico que aseguraba una “comunidad de experiencias” tiende a diluirse. ¿Cuál sería el principio o instancia capaz de integrar las diferencias en una “unidad” de lo social? Castoriadis¹² sostiene que “la crisis de la sociedad actual es la crisis de las significaciones que mantienen unida la sociedad”. A la par

¹¹ Rossana Reguillo, *op. cit.*

¹² Cornelius Castoriadis, *La insignificancia y la imaginación*, Ed. Trotta, Madrid, 2002.

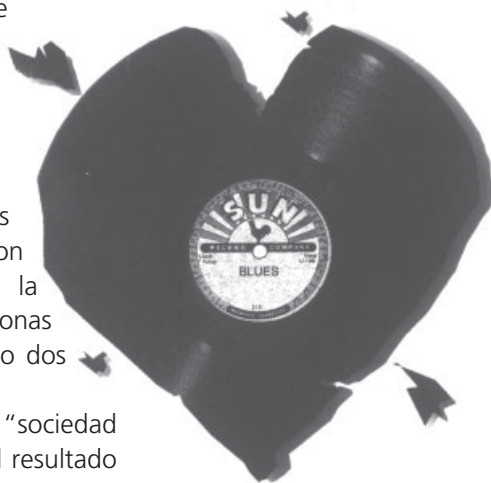
que la sociedad deja de ser una certeza, la responsabilidad por dotar de sentido a la convivencia parece pasar a manos del individuo. Sería tarea de la subjetividad individual no sólo constituir una identidad coherente, sino también definir el sentido de vivir juntos. Este desplazamiento de la cuestión del sentido parece estar en el meollo de la reproducción cultural de nuestras sociedades. Y en un grado aún mayor, sería un tema central en la cultura juvenil.

En el caso de Chile, las instancias que habitualmente operan como “reservas de sentido” se encuentran en un proceso de transformación (familia, escuela) o en franco deterioro (trabajo, Estado, nación). En consecuencia, las formas tradicionales de reproducción cultural se encuentran en entredicho. Y ello afecta necesariamente a la cultura juvenil. ¿A dónde pueden acudir los jóvenes para determinar qué sentido tiene vivir juntos? Familia, escuela, trabajo y Estado siguen funcionando como productores de sentido, pero su producción es de validez restringida. Ya señalé los cambios en la familia y en la escuela, pero la señal más llamativa proviene de la creciente insignificancia del discurso político. De haber sido el principal ámbito donde la sociedad determina los significados y los fines de la convivencia social, la democracia parece derivar en una especie de gestión pública. Por eficiente que sea dicha gestión, nada dice del sentido de nuestra convivencia.

IV. Preguntas pendientes


El estudio de la cultura juvenil siempre es delicado. No sabemos si los rasgos detectados son algo propio del ciclo de vida en que se encuentran los jóvenes o si corresponden a cambios en la sociedad. Las principales tendencias que se desprenden de la encuesta chilena hacen pensar que se trata de transformaciones en la convivencia social. El impulso de la juventud al proceso de individualización, a la diversidad social y a un estilo de vida más lúdico parece anticipar las nuevas características de la sociedad chilena. Y, a la par con tales cambios sociales, se plantean nuevos desafíos. En la perspectiva de un desarrollo humano que tenga a las personas como sujetos (individuales y colectivos) del proceso, visualizo dos interrogantes.

En primer lugar, está por verse la conformación de una “sociedad de individuos”. ¿La coherencia de la vida social es todavía el resultado de un proceso de autodeterminación colectiva? O bien, en las condiciones actuales ya no hay lugar para esa elaboración deliberada y colectiva de acuerdos normativos. El “aire posmoderno” de la cultura juvenil sugiere el fin del “proyecto de la modernidad”. Quizás, como sugiere Marcela Gleizer,¹³ la “unidad” no resultaría de significados integradores, sino de legitimar la coexistencia de significados dispares y de mundos de vida diversos y plurales. ¿Basta ese trabajo de la



¹³ Marcela Gleizer, *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*, FLACSO-Juan Pablos Editor, México, 1997.

subjetividad individual para cohesionar lo social? O habrá que asumir más bien que la autonomía individual presupone “lo social” como su premisa tácita. Ella descansaría sobre algún mecanismo de coordinación social. La teoría económica suele aludir a una especie de división de funciones entre individuo y mercado. Sería tarea de cada individuo procurar algún sentido capaz de articular los fragmentos de realidad, mientras que, en paralelo, el mercado garantiza la coordinación espontánea de los individuos, al margen de sus intenciones y valores. Según esta interpretación posmoderna, el mercado permite prescindir de un “pacto social” o acuerdo normativo de los individuos en torno al orden social. ¿Será esta forma de lo social la que se expresa en la cultura juvenil emergente?

En segundo lugar, cabe preguntarse acerca de la juventud en tanto identidad colectiva. ¿“Ser joven” constituye un imaginario del *nosotros* como sujeto colectivo? Es sabido que las categorías naturales (tanto la edad como el género, la raza y la religión) ofrecen un débil sostén a la construcción de identidades colectivas. Sin embargo, el Movimiento del 68 mostró que los jóvenes pueden conformar una fuerte autoimagen de sí mismos. Hoy en día, la conformación de una identidad colectiva de la juventud podría compensar la fragilidad del *nosotros* los chilenos y del *nosotros* ciudadano. De poseer una imagen del *nosotros* como sujeto colectivo, el sentimiento de pertenencia y arraigo ayudaría al joven a ejercer su “libertad de elegir” y, por sobre todo, a realizar las opciones de vida deseadas. 

BIBLIOGRAFÍA

- CASTORIADIS, Cornelius, *La insignificancia y la imaginación*, Ed. Trotta, Madrid, 2002.
- FLORES, Julia Isabel, “Tipos de identidad y generaciones en México”, en R. POZAS HORCASITAS (coord.), *La modernidad atrapada en su horizonte*, Porrúa, México, 2002.
- GLEIZER, Marcela, *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*, FLACSO-Juan Pablos Editor, México, 1997.
- HOPENHAYN, Martin (comp.), *Prevenir en drogas-enfoques integrales y contextos culturales para alimentar buenas prácticas*, CEPAL, Serie Políticas Sociales, Santiago, 2002.
- LEBRUN, Jean Pierre, “Hipótesis sobre las ‘nuevas enfermedades del alma’”, en R. ACEITUNO y M. ROSAS (comp.), *Psicoanálisis-sujeto, discurso, cultura*, Universidad Diego Portales, Santiago, 1999.
- MACASSI, Sandro, *Culturas juveniles, medios y ciudadanía*, Calandria, Lima, 2001.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús y Fabio LÓPEZ DE LA ROCHE (comps.), *Cultura, medios y sociedad*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1998.
- PNUD, *Desarrollo Humano en Chile 2000. Más sociedad para gobernar el futuro*, Santiago, 2000.
- _____, *Desarrollo humano en Chile 2002. Nosotros los chilenos-un desafío cultural*, Santiago, 2002.
- REGUILLO, Rossana, *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias de desencanto*, Norma, Buenos Aires, 2000.
- _____, “Jóvenes y esfera pública. Cartografía de la cultura política de los jóvenes mexicanos”, *Revista de Estudios sobre Juventud*, SEP-IMJ/CIEJ, México, 2001.
- SARLO, Beatriz, *Tiempo presente*, Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 2001.



Ventana Central



SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN Y NUEVAS IDENTIDADES